

Sobre cómo escribí *Una tal Raimunda*

*H*ablar de cómo se me ocurrió la historia de *Una tal Raimunda*... no podría hacerlo, porque lo ignoro. Curiosamente mis textos —todo lo que escribo— no son, por completo, producto de un ‘automatismo psíquico’, es decir, fuera o más allá de la conciencia como propone la teoría surrealista de André Breton; pero tampoco son completamente conscientes en lo que concierne a la concepción razonada o a una estructura *a priori*. Diría mejor que brotan de una intervención misteriosa, motivo por el cual me es imposible explicarla.

Ahora bien, lo que sí puedo describir es el proceso de esta obra de teatro, que surge de un cuento mío intitulado originalmente “La cruz de plata”, al que luego me pareció más adecuado nombrar “Rezo”, narración que no excede las cinco hojas.

Este proceso estético lo divido en tres momentos o movimientos, como las partes de una sinfonía. El primero se refiere a cuando escribí el relato, inmediatamente después de leer *Terra Nostra*, la voluminosa novela de Carlos Fuentes; en específico, los capítulos que se centran en la época oscurantista española, los cuales me impresionaron más de lo que pude imaginar, gracias a la manera en que el autor utiliza el castellano, que con su fuerza y su tonalidad de órgano solemne alcanza magistralmente a abarcar todo el contexto críptico y sombrío de aquellos siglos.

Como si hubiera sido un frío ejercicio literario, yo, de plano indiferente, me senté a escribir en un cuaderno lo primero que se me vino a la cabeza, pero



Delfina Careaga, Virginia Aguirre y Eugenio Núñez (28 de octubre de 2010). Foto: Archivo de *La Colmena*.

siempre contagiada del matiz oscuro de Fuentes. Así, inventé un personaje: Raimunda y con ella a su antagonista: La Vieja. Y puede decirse que de allí fue naciendo la trama que compone esa panorámica siniestra, referente al maltrato infligido a la mujer indígena, dada su doble condición marginal, de miseria y mestizaje, que malamente la convierte en un sujeto más vulnerable al trato discriminatorio.

En aquellos años yo laboraba como correctora de estilo en el Departamento Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México. El entonces secretario de Difusión Cultural, un antiguo y apreciado amigo, Marco Antonio Morales, llegó un día hasta mi escritorio con una convocatoria para invitarme a participar en el concurso para el premio nacional de teatro. Y me prendió la mecha del entusiasmo. De inmediato pensé en Raimunda. Esa misma tarde de aquel lunes, después de comer, empecé a escribir la obra de teatro, la primera que hacía en mi vida.

Y aquí empieza el segundo movimiento. Creo que al principio ni siquiera tuve tiempo de sorprenderme por el hecho de que la escritura —a mano— fluía de una manera extraordinaria, en la medida en que, dentro de mí, iba muriendo esa displicencia con que había concebido el cuento. En la creación del drama me fui entregando en cuerpo y alma, y empecé a vivirlo dolorosamente, tratando de envolver el relato en una visión trágica, irónica y humedecida de piedad para el mundo violento de los humildes y de los fantasmas de la tierra. Trabajaba más o menos de cuatro de la tarde a nueve de la noche, de tal manera que el viernes de esa misma semana, al capturarla en la computadora salieron alrededor de 45 hojas. Por supuesto que no fue tan difícil, porque yo ya sabía el argumento, pero sí puedo decir que esta rapidez acabó siendo un acto que, por no premeditarlo, me pareció cabalístico. Una vez más con la sensación de que, de alguna manera, había en él algo desconocido e inexpugnable. Luego, con las solidarias porras de Marco Antonio, de mis entrañables y siempre inolvidables amigos Esvón y Pepe Blanco, ambos ya fallecidos, de mis demás cuates del teatro universitario, envié la obra al concurso. Tiempo después recibía una llamada telefónica de parte del rector de la Universidad Autónoma de Querétaro (el

galardón era rotativo entre las universidades del país), para anunciarme que yo me encontraba entre los ganadores del Premio Nacional de Teatro Emilio Carballido y que se me esperaba en aquella casa de estudios para tal celebración. No obstante, no quisieron decirme en cuál de los tres lugares había quedado yo.

Llena de nerviosismo —con dos amigas—, llegué a Querétaro. Y sí, gané el primer lugar con cálidas felicitaciones de mi jurado, los maestros más connotados del teatro en México: Ludwig Margules, Luis de Tavira y Raúl Zermeño. No hubo segundo lugar. Y regresé con el orgullo de entregar a esta ciudad mi trofeo. Aquí lo había escrito, aquí vivía, aquí era mi hogar y el triunfo, pues, pertenecía a Toluca.

Esvón Gamaliel, director del teatro de nuestra universidad, desde luego me propuso poner la obra en escena. Él la dirigiría después de haber seleccionado a los actores. A la Raimunda grande la interpretó excelsamente nada menos que Adriana Barraza (hace poco nominada al Óscar por su actuación en la película *Babel*); a la Raimunda joven, la enorme actriz, mi queridísima amiga Virginia Aguirre, y a la tercera en discordia, La Vieja, su servidora, que por más que protesté, Esvón no se dejó convencer y terminé actuándola. También estuvieron Toño Flores, Connie Jaimes y Héctor Sánchez, todos estu-pendos actores. Miguel Jaimes hizo la música y en una actuación especial Hugo Renán se llevó una ovación muy merecida. Todos los ensayos los realizamos en el viejo teatro de Los Jaguares —que era como nuestra segunda casa en aquel entonces— y el estreno, que fue de verdad un éxito absoluto —la sala repleta, con personas de pie—, se efectuó en el teatro del antiguo Seguro Social. Corría el año de 1986. Paco Ignacio Taibo I, otro de los insustituibles amigos míos, fallecido no hace mucho, nos hizo el honor de asistir y de escribir en el periódico *El Universal* un artículo espléndido con halagadores conceptos para la obra y para todos nosotros.

Quince días después la llevamos a Acapulco, al Centro de Convenciones, donde compitió con los teatros universitarios de la república entera. Y Raimunda ganó también en esta ocasión ante mil quinientos espectadores. Al regresar a Toluca con la intención de iniciar una larga temporada, Adriana Barraza nos reunió para decirnos que debía marcharse al Distrito Federal con el fin de encontrar trabajo y que, aunque le pesaba bastante dejar la obra, tenía la obligación de buscar un porvenir para ella y para su pequeña hija Carolina. Todos lo sentimos mucho, pero comprendimos sus razones; mientras, Adriana se encaminaba a lo que sería la culminación de su carrera, yo, que nunca me sentí cómoda actuando ante un público, cobardemente renuncié a la actuación de *La Vieja*. Es que, la verdad, yo no soy actriz... De esta manera, la representación de *Una tal Raimunda* se suspendió. Y se ha suspendido durante la friolera de 26 años, hasta ahora que se pondrá bajo la dirección de un joven y notable talento: José Coteró, lo que será realmente un verdadero estreno, pues sólo una vez se puso en esta ciudad.

El tercer y último movimiento ha sido la toma de conciencia de mi propia creación que me inundó cuando empezaron los ensayos. Entonces asumí con todo lo que soy a la protagonista, al darme cuenta de que no sólo era un personaje de ficción y aceptar, al recrearla, su ominosa, su amarga realidad de carne y de hueso y de sangre en su fatal destino. Desde ese instante, para mí, esa Raimunda y las Raimundas que ya han muerto y también las que aún, por desgracia, perviven en nuestro México y en el mundo, se me quedaron grabadas en el alma como una mancha vergonzosa. La vanidad masculina en nuestro país, heredada de los indígenas y los españoles, se ha regodeado bajo la sumisión total de la mujer; siendo para muchos hombres —como para el corporal de la historia— una actitud viril la alevosa y ruin violación sexual, que en realidad significa el feroz desgarramiento de todo el ser femenino.

Sin embargo hoy, ya en este nuevo siglo, no puedo dejar de advertir que el cese a esta situación abyecta, a pesar de todo, va siendo una certidumbre. Ahora, muchas Raimundas ya saben defenderse, sostenerse fuertes y ser eficientes sin ninguna ayuda. Entonces, de nuevo la tenaz esperanza que una y otra vez acaba por apoderarse de nuestro ánimo aguarda fervorosamente que aquella pobre muchacha, la que imaginé para un cuento, llegue a tornarse en una especie de recordatorio de algo anacrónico y humillante, que sucedió antes de que este sistema que nos rige terminara por aplicar la ética, la inteligencia y el humanismo, y así culminara la tan urgente exigencia de equidad para las mujeres. Hasta ese momento y de esta manera, todos vamos a tener la oportunidad de vivir una verdadera vida humana, cuando las narraciones lacerantes, como ésta, se vuelvan sólo eso, simple literatura.

DELFINA CAREAGA. Escritora. Autora de *Muñeca vestida de azul*, *Del tiempo y otros fantasmas* (cuentos) y de la novela *Alquimia*. Ha obtenido, entre otros premios, el Ariel de Plata por el guion cinematográfico *La tía Alejandra* y el Premio Nacional de Teatro Emilio Carballido (1985). Presea Estado de México en el área de Artes y Letras "Sor Juana Inés de la Cruz" (1999).